

aun el nombre les sobra, cuanto y mas el hecho. Con el mio á lo menos glosé el refrán á osadas; pero ¿quién me mete en temas ni glosas, sino en tejer historias y en hilar mis romerías? Pero no, mejor me será dejarlo, que no es paro sin venta, para no dejar descansar las gentes. Yo lo dejo. Duerme, duerme, hermano lector, que mañana amanecerá y quizá tendrás gana de leer mas.

APROVECHAMIENTO.

La beodez no solo impide los buenos intentos y daña á la vida de la razon, pero hace que el que se embriaga peque mas y guste menos; en especial note el lector en qué paran romerías de gente inconsiderada, libre, ociosa é indevota, cuyo fin es solo su gusto, y no otra cosa.

SEGUNDA PARTE

DEL LIBRO SEGUNDO

DE LA PICARA ROMERA.

CAPITULO PRIMERO.

De la jornada de Leon.

1. — DEL AFEITE MAL EMPLEADO.

Sáficos y adónicos de consonancia latina.

Venido el Grullo,	Una mañana
Cobra gran orgullo	Se puso galana,
La hermosa Justina	Y desde el meson
Y se determina	Se partió á Leon,
Salir de aldeana,	Acompañada
Y ser ciudadana	De su camarada
Subitamente.	Barbara Sanchez.

Fué bien arreada,
Y mal afeitada;
Y las que la vieron
Tal vaya la dieron,
Que en fin se apeó,
Y el afeite lavó.
Triste Picaña.

MUCHAS veces he oido que los soldados viejos tienen por comun refran decir: Nunca una victoria sola; dice bien, porque el orgullo de un triunfo hace los ánimos invencibles, y los arrisca y dispone para emprender nuevas hazañas. El grifo no pelea hasta que es de edad de cinco años y tiene buen cuerpo y suficiente proceridad; y si en la primer batalla que tiene con alguién vence, es prodigio de fortaleza, y si vencido, queda mas pusilánime que un milano, y pocas veces alza cabeza, y cualquier águila, no digo yo los morfnos, ni osifraga, ni haliero, ni pigargo, que son las especies naturales del águila, sino la bastarda ó mestiza, llamada cigüeña montañesa, le vence y acobarda; así yo, como de la pasada y referida empresa salí tan lozana cuan triunfante, no solo me ensanché, pero en mi misma opinion crecieron mis humos, mis desdenes, mis pensamientos, y aun pongo en duda si creció mi alma, segun vi en mi universal mudanza. Ya yo era dama; ya las cosas de Montaña y de Mansilla, que todo es uno, me oían á aceite de alacranes; ya se habia pasado el tiempo cuando quería mas uno de zaráguelles blancos con una pluma de payo en el sombrero ó carapuzo

cuarteada que á los mil Narcisos de corte, con todos sus alfeñiques y perfilados. Ya se habia pasado el tiempo en que yo estimaba mas que uno de estos me prometiese una libra de lino, ó azúmbre de leche, ó vello en jugo, ó un cordero hurtado á su agüela, que si un cortesano me ofreciera una cadena ó cabestrillo de oro. Son las labradoras y montañesas como la loba, que en tiempo de brama huelen todos los lobos, y siempre escogen el peor y mas flaco. Hablad, con que se me diera á mí en aquel tiempo un pito por el galan que, besando la mano, derribara la rodilla y dijera: Dama, toma ese cabestrillo de oro; pardiez, pensara que era pulla y que me quería encabestrar y enalbardar. El mayor presente que por entonces pensaba yo que se podia hacer á una mujer de mi estofa era una sortija de laton morisco, y á lo sumo de plata, y cuando llegaba á ser sobredorada, venia á perder la senda de la consideracion, y pensaba que era el *finis terrae* de los presentes; que como dice el refran: En estómago villano no cabe el pavo. Pasóse este solia, y á tal tiempo me traje mi entono engomadero, que no estimaba yo entonces un faldellin de grana de polvo con franjones de oro mas que si nacieran los faldellines entre las cercas ó entre los cuernos del rastro; y todo esto vino de que, como dice, la pasada victoria sacó mis pensamientos de quicio y mi persona de mi estado.

Viéndome pues encapada y ensombrerada, á costa de la carretada de tontos que desembarcaron por mi órden en la real Mansilla, rica de sus despojos y ufana de mis trampantojos, se me puso en la cabeza salir de aldeana y montañesa y de dar de súbito en ciudadana. Resolvíme en dar una pavonada en la ciudad de Leon por ver si se me pegaba en ella algo de lo civil, ya que de lo criminal yo era maestra. La ciudad de Leon está solas tres leguas de mi pueblo, aunque hay en medio un mal paréntesis de un puertecillo, en cuya cumbre, en tiempos pasados, estuvo gran tiempo la estatua de un hombre capon. Hombre, digo, capon; alguno me

dirá: Justina, adjetivada para peras. Acaba ya, hermano lector, vénteme conmigo, que buena es mi compañía; así que la estatua de este capon tenia el letrado siguiente: «El capon tiene del hombre lo peor, y de la mujer lo mas ruin.» Cuando yo andaba mal herida de este escrupulete era por agosto, y muy cercanas las fiestas agostizas que se celebran en aquel pueblo con muchos atabales cuando menos. Resolvíme de ir, y resuelta, hice resolver á ciertos caballeros de Aburra, hijos de rocino de mi pueblo, que me tocaban algo en sangre, y aun no me tocaba poco, que me buscasen una pollina mansa en que yo dromedease la llanada que hay desde Mansilla á la noble ciudad de Leon. Esta es la campaña donde los antiguos dicen que fué la primera fundacion de Leon, cuando ella estaba en su flor, en hecho y en nombre, pues se llamaba entonces *Sublantia flor*; mas el aire de la mudanza, que todo lo derriba, la arrancó de cuajo, y mudó al sitio adonde ahora está, tan linda de léjos como fea de cerca, trocado el nombre de flor y su belleza en la apacibilidad, en el nombre de Leon, y junto con el rigor del frio y melancolia de las lluvias y humedades, en que por lo riguroso y melancólico representa la fiereza del leon y la melancolia de su cuartana.

De veras puedo decir que no fui á Leon tanto con espíritu de holgazana cuanto de curiosa de ver cuántos grados de verdad me trataban los leoneses que posaban en mi meson, los cuales noche y dia se estaban contando las grandezas de Leon; y leonés sé yo que por contarme toda una noche las excelencias de la fuente del Piojo, dejó de dar de cenar á su mula. Miren con qué ansia estaria la pobre acémila de que su amo acabase de espulgar los piojos de aquella fuente. No he visto hombres mas moridos de amores por su pueblo; y es de manera, que donde quiera que se halla un leonés, le parece que la mitad de la conversacion que se halla se debe de justicia á la corona y corónica de Leon. En esto todos tienen una pega. Paréceles á los leoneses que alabar otro pueblo y no á Leon es delito contra la corona real. Oí decir á uno que le venia el ser leonés desde que le quiso bautizar un don Fulano Quiñones Lorenzana, su amo, honrado caballero: Oh, señora, Leon entre los animales, rey; Leon entre las ciudades, reina. Si, cuando esto oí, supiera lo que ahora sé de granuja y cronicones, yo le dijera al páparo que no se entendia; pues, segun consta de las historias, dado que Leon se honre, arme y autorice con las armas, blason é insignias del leon, que es rey de animales; pero su apellido no viene de ahí sino del nombre de una legion de soldados enviados de los romanos para ganarla ó fundarla ó trasladarla, ó lo que sus mercedes mandaren, y aun por su honra no digo que el nombre de legion tambien le han tomado los diablos; pero voy á mi intento, y digo, que por excusar á un leonés, ú otro necio en su nombre, de que contando cuentos de las grandezas de Leon haga salivas por mi cuenta, y por poder decir con libertad, no cuento mas, sor leonés, ni entable juego tan largo, que ya yo he andado esas an-

dulencias y visto la leonera, determiné dar principio á mi jornada.

Trajéronme una borrica donosamente aderezada, porque venia ensillada y enfrenada, y parecia mona con sayo. Como vi mi burra disfrazada, dije: Por mi fe, pues vos vais á lo húngaro, que he de ir yo á lo del diablo, y que me he de vestir á mí y á mis mejillas de grana de polvo, de modo que parezcan dos agís bien maduros. Mira qué envidiosas somos las mujeres, que aun de la burra tuve envidia de verla venir tan galana; mas no es nueva en nosotras esta flaqueza. De Blandina dicen los poetas que tuvo envidia á la gala y colores del papagayo; y por verse con otros tales colores y plumas, pidió al dios Apolo ó Júpiter, que no sé cuál era el hebdomadario de aquella semana, que la convirtiese en papagayo. Hizolo Júpiter; y como Blandina era mujer apapagayada ó papagayo amujerado, parlaba por papagayo de dia, y por mujer de noche. Los dioses, enfadados de tanto hablar, mandaron que la enjaulasen, que pues era papagayo, no se le hacia agravio, que el refran dice: Lo que me quise me quise, lo que me quise me tengo yo. Ella entonces, viendo acortados los pasos y libertad, cosa tan contra el gusto de las andadorisimas mujeres, echó de ver cuánto mejor le solia ir con sayas antiguamente que ahora con plumas de color. Pidió á Júpiter que la tornase á su menester, que mujer solia ser; y el Júpiter, que era bueno como el buen pan y debia de estar borracho cuando tal hacia y deshacia, hizolo como se lo habia pedido la papagaíta á propósito. Tuve envidia como Blandina, y por no tener que pedir á Júpiter ni á otro beodo como él, y por tener juntamente galas y colores de papagayo y libertad de andar y hablar como mujer, envié por blanco y color á la tienda de una amiga, con que me pueda poner hecha un papagayo real. Trajéronme buen recado, sino que yo no lo supe amasar; recogíme á un aposento, no tan defendido que no tenia dos agujeros por donde un tabernero de la calle, que vivia frontero, me solia dar unas esmeriladas de ojos, en tiempo que yo solia recogerme á ser cazadora y notomista de puertas adentro, y por jalbegarme á gusto y no me ver corrida como otras veces, tapé lo desmantelado del emplente con tres cedazos, porque ya que me viese el tabernero, fuese por tela de cedazo como á luna en el eclipse, y aun con todo eso no me aseguré, porque era el tabernero gran astrólogo de estas visiones, y eché de ver que no hube bien puesto los cedazos, cuando cernia mucho por verme; y para excusarle de esta labor y á mí de este temor, volví hácia él las partes que no pensaba afeitar, y puesto el espejo en el velador, me puse un poco de blanco y color de prima tonsura. Ello no quedó tan bien asentado como Scévola, de quien dicen que vivia tan de asiento, que por no se desasentar de una letrina donde le dió el mal de la muerte, le aguardó allí tan de asiento, que aunque le quitó la vida, pero no el quedarse sentado por mas de cincuenta dias en aquella cátedra de pestilencia.

Podré decir de esta primer postura que la primera

en tierra. Como era la primera vez que me hojaldré, encendióseme la sangre con la bregadura, y excitóse tanto el calor, que me derritió el pringue; de modo que cuando llegué á la puente de Villarete, que es legua y cuarto de Mansilla, tuve por buen partido echar mi cara en remojo y lavar toda la unción, que fué la extrema de aquel año. No me pesa sino de ver el mal empleo de una salserita refina, que la reina se podía amapolar con ella. Tengo por cierto que esto de andar al olio es necesario, que ó sea siempre ó nunca, porque lo demás es como comer de una vez para toda la semana, que ni luce ni engorda. Es linda cosa irse entablado el rostro á tercios concertados, amoldándose con la postura y venciendo dificultades, que no se gana Zamora en una hora. En fin, tornando á mi propósito, yo acabé de componer mi gesto, si á Dios plugo. Tras esto me eché una saya de grana de polvo, que á fe que otra la levantado menos polvareda, mis cuerpos de raso, un rebocino ó mantellina de color turquí, con ribetes de terciopelo verde, mi capillo á lo Medines, que parecia monje de la cogujada, unas chinelas valencianas con unas medias lunas plateadas á usanza de estas nobles doncellas de Tiro, por si se ofrecia hacer alguno como el de marras. Queríanme subir los galanes, mas yo les dije que era ligera y saltaría sin ayuda de burros encima de la burra; puse la sobremesa, que era del vigornio que hizo la mamona á la faltriquera del dormido. En la manga de mi sayuelo metí un manto de burato con puntas de abalorio para lo que se ofreciese, y ofreciése conmovier á mi burra, iba galana y yo tambien, de modo que ella y yo parecíamos de una pieza, como lo sintieron los de Arauco de los caballos y caballeros españoles, partí llevando los ojos de la vecindad; que si los ojos que tras mí llevo se estamparan en mi jumenta, de burra se volviera pavon; iba la burra orgullosa y grave, como quien sentia el favor de la carga, que no era mala por ser yo; ni poca, porque demás de que yo pesaba mis ciertas arbovititas, como lo podrian decir los del peso de Valencia de Don Juan, donde se pesan las mozas á trigo en la iglesia, llevaba las alforjas cargadas de pepinos y cohombros, los cuales me habia dado un bendito hortelano, siempre augusto y nunca angosto, el cual solia librarnos á las mozas todos sus favores en estas frutillas, mas tampoco nosotras le pagábamos en mejor moneda; tambien saqué algo fiambre por no andar en Leon pordioseando, que como me decian que Leon era pueblo frio, temí que la caridad leonina no tuviese la misma propiedad.

Fuí en compañía de una Bárbara Sanchez, gran mi amiga, y aun no queria yo tanta amistad como ella me ofrecia. Iban tambien conmigo otras mozueltas, que me alababan poco por mirarme mucho. Una de ellas, viéndome mas lucida que todas, y aun que lo ordinario y acostumbrado en mí, á causa del nuevo azealada, no lo pudo sufrir, y con mas envidia de la fruta de mis granadas que deseo del buen suceso de mis flores, me dijo: Señora Justina, muy sonrosada vas. Yo, que siempre enviado en las primeras cartas, la respondí luego, mas

confieso que el haberme aforrado de primera me hizo necia de fluj; en fin, la dije: Señora Brígida Roman, no es lo que piensa, sino que me lavé con agua de agabanzas y amapolas. Dió una gran risada de ver mi inocencia y de que pensase yo que habia de persuadirse ella que porque las amapolas y agavanzas son coloradas me habia de colorear á mí el agua de ellas. Confieso que respondí como inocente, que nadie nace enseñado sino es á llorar. La muy matreta como vió que me llevaba de vencida, me dijo: Mi hijita, pues en verdad, que habiéndote encerado el rostro de antemano con esa cera que se te derrite por el rostro, que fué mucho pegarse tanto á él el agua de amapolas y su color, que no suele el agua detenerse tanto sobre cosas enceradas. Vime convencida de la nueva Celestina, y hube de ser confesora sobre mártir. Mas juré de nunca llevar sobre mi rostro testigos, que á la primer vuelta de cordel parlan y descubren cuantos secretos les encarga una mujer honrada en su retrete; por esta causa, por no verme mas corrida, yo me apeé y lavé mi rostro y garganta en una de agua que iba mansamente murmurando de mi sencillez y de mis enemigas por entre unos amenos y deleitosos sauces; encarguéle el secreto que tocaba tanto á mi honra, prometíomelo, y creila, que aunque las aguas no saben guardar secreto, pero tampoco le descubren, que es el misterio que no entendió Erasto, mas es fácil de entender, porque el agua no tiene sujeto sólido para conservar la memoria de los secretos; pero eso para que nadie lo conozca en ella, porque á nada da asiento firmeza, como dijo el poeta español: No conserva el agua los escritos, mas hace los secretos infinitos; y cuando no conociera yo esta propiedad en aquella dulce corriente, bastaba ver que se iba riendo conmigo para sospechar que conmigo habia de ser noble y fiel; que el agua fué simbolo de la fidelidad, por la que guarda en tornar al mar, de do nació, á pagar el tributo que debe. Estúvome tan propicia, que se detuvo á mi ruego para que en un breve espacio remirase en ella y en sus cristales mi rostro y mis mejillas, renovadas como alas de águila anciana, la cual, para renovar las plumas, pico y alas, las moja en agua viva despues de tenerlas cálidas con el fervoroso sol y concitado movimiento.

Hasta este punto yo no iba muy de porte para con mis carillas, como ni ellas muy de amistad con mis carillos; á causa de que el cuidado de mi cara fué prisionero de mi lengua, si vale tocar en los jeroglíficos que acotó el gran maricon; mas en echando que eché en remojo mi cuidado, parlaba mas que una picaraza, y si bien se contara, mas cuentos dije que pasos audivé. Mis carillas á todo esto gustaban poco y respondian menos; lo que mas gastaban no eran risas ni palabras, que no las llevaban hechas, sino las nesgas de mi saya y ribetes de mi rebocino, siendo sus ojos dientes, y su envidia vientre.

¡Ah envidia, envidia! unos te pintan como perro rabioso, mas á otros les parece que es decir poco, porque al perro el saludador le sana con su gracia, mas el en-

vidioso con ajenas gracias empeora. Otros te llaman leona parida; mas á otros les parece que dicen poco, porque el parto de la leona y sus furias son de cinco á cinco meses, mas tú de un momento á otro momento estás parida de mil daños y preñada de dos mil amenazas, que eres hidra en partos. Otros te dan epítetos de arpía; mas pareceres hay que es poco subir de punto tu rigor, porque la arpía, despues de haber muerto un hombre, mira su rostro y figura en el agua; y como se ve tan parecida al hombre que mató, ahoga en las aguas su vida por sepultar de una vez su rigor; mas tú, mientras mas te miras y remiras, mas persigues, y nunca te pesa de daño hecho de hombre á hombre, antes entre los mas semejantes eres mas cruel y metes mas zizaña. Otros te pintan en forma de un tigre que despedaza su propio corazon; mas otros dicen que esto es decir nada, porque en un corazon no tienes tú para comenzar, y aun te parece poco si no llegas al alma misma. No acabaré de decir pinturas tuyas, y aunque mas males de tí diga, todos serán pintados. Respecto de tus verdaderos daños, pintante como escuerzo, y como ponzoñoso encovado, porque les parece que el veneno del mal ajeno te engorda, y su bien te da en rostro; pero yo no me quiero meter contigo en dibujos, y menos en pintarte, que si á mí se me cometiera tu trasunto y el compararte, solo te pintara como mujer y como á una de mis carillas, en quien derramaste un veneno por entero, y este bastara; pero quérote dejar; que me dejes solo concluyo con decirte que entre muchos malos renombres y epítetos, heredados de tu madre la soberbia y de tu agüelo el desamor, ya no te faltaba otro sino llamarte come sayas, gasta tiras, engulle trapos, segun lo cual te podrán tambien llamar tarasca; porque quien engulle sayas, engullirá tambien caperuzas y sombreros. Esto he dicho á propósito de las que de pura envidia comian con sus ojos mis sayas y engullían mis ribetes y molinillos; mas punto en boca, que como yo pesqué tanto del sombrero y capa, no faltará quien tambien á mí me llame traga capas y engulle sombreros. Callar, callemos, que quien tiene tejado de virlo, no es bien boleó al del vecino.

APROVECHAMIENTO.

Pondera, lector, que los males crecen á palmos, pues esta mujer, la cual la primera vez que salió de su casa tomó achaque de que iba á romería, ahora la segunda vez sale sin otro fin ni ocasion mas que gozar su libertad, ver y ser vista, sin reparar en el qué dirán.

2. DE LA PULLA DEL FULLERO.

Sáficos adónicos de asonancia.

Yendo su camino,	Que la echó una pulla
Desde el jumentillo	Con que quedó muda,
La hermosa Justina	Y hecha una rosa.
Mil gracias decía.	Ella se las juró,
De los estudiantes	Y ordena tal burla,
No la hable nadie	Cual verás abajo,
Porque la temen.	Que es cuento galano,
Mas (como el que peca	Pues hizo la moza
Siempre paga pena)	Escupir la bolsa
Vino un estudiante	Mucha moneda.
Fullero y farsante,	

Muchos estudiantes pasaban por el camino á las fiestas; mas como el rumor de mis trazas y la fama de mis burlas les habia dado zahumerio de pimienta y aun de rebenque, no habia hombre de ellos que me osase encarar, mas que si yo fuera osquillo jarameño, y ellos volteados; yo el perro de Alba, y ellos jerosolimitos; yo el leon disfrazado en traje de cordero, y ellos los zorros de quien hace mencion la fábula. Con todo eso les quiero decir una verdad, que aunque aborrecia estudiantes, sentí y me dió pena que no me hablasen y mirasen; y mientras menos me miraban, mas crecia en mí el pesar y el deseo. Somos sin duda las mujeres como puentes, que si no estamos cargadas de ojos, se abre é hrende la obra, y antes quebramos por falta de ojos que por sobra de pasajeros, aunque sean muy pesados. Somos las mujeres como mosquitos, que se van con mas deseo al vino mas fuerte, en que mas presto se ahogan. Somos como rabos de pulpo, que quien mas le azota le come mejor sazonado. Somos como mariposas, que dejando la apacibilidad del sol y de la luna, con toda propiedad morimos por la abrasadora luz de la candela, donde juntamente hallamos el desengaño y el castigo. Muere muy antes una mujer por un atrevido que ofendió su honor, y aun su gusto, que por un comedido que la guarda el aire, que es un no sé qué, y sí sé que raro. Las mujeres del disgusto hacemos salsa de agraz al gusto, el diablo entienda el guisado. Dijo bien un discreto: El que quisiere que una mujer tope primero con él que con otri, hágase sierpe, que como él parle, aunque la haga mal, saldrá con lo que quisiere; porque las mujeres heredaron de Eva hacer rancho con una sierpe, aunque tengan á su servicio un bello Adán, aun en tiempo de pan de boda. Son como Atarlia, que despreció todos los dioses y casó con Vulcano, el cual con un rayo habia muerto á su padre y maridos. Y aquesta fué la causa por que los antiguos, para pintar la imprudencia y condicion de la mujer, pintaban una bellissima doncella pisando un gallardo mancebo y dando la mano á un horrendo salvaje, que con un nudoso baston amagaba un golpe á sus hermosos ojos. No sé de adónde nos viene morir por lo peor, si no es que sea la causa la que dió un griego, que como por malo que sea un hombre, siempre hay una mujer mas mala, consiguiénte-mente ningun hombre debe ser despreciado de la mujer; mas cuando eso fuera, ¿qué es la causa que tan mal sabemos tantear méritos, graduar personas, diferenciar calidades? Averigüelo Vargas; ello va en la comadre. Voy á mi cuento. Estudiantes fueron los que intentaron mi deshonor, como viste, y porque pasaban sin hacer caso de mi memoria por ellos, reventaba porque me dijese algo; y si me lo dijeran, no lo estimara en el baile del rey Perico. Si tengo culpa, aparejen el borrico para cuantas son mujeres, que yo en el mio voy caballera como las otras, y cuento mi cuento.

Los estudiantes pasajeros andaban mas cuerdos que yo; que como hostigados, no me miraban, aunque yo, como mal escarmentada, los echaba un ojo de á real. En viendo que me veian, bajaban la cabeza, y decian

unos á otros: Pasito, hola, amigos, la Mesonera burlona; las cuales palabras en nuestro lenguaje castellano era como si mas claramente dijéramos: Agua va, que pasa la que imprime las burlas con el rebenque. Mas quisiera entonces venir en mi carreta que á quien me diera un escudo, que para ellos no hubiera otro tal coco; y lo mismo fuera verme los estudiantes en mi carro que ver los moros al Cid en su Babieca, que fué la emprenta de sus bravezas, segun y como me lo solia contar, ó por mejor decir, cantar un pastelero mi vecino, el cual cada mañana me hacia desayunar con tres romances del caballo Babieca. Yo no he visto pastelero mas á pié ni mas á caballo que aquel; y echábase de ver en los pasteles, que parecían tener la carne del caballo Babieca.

Aunque los estudiantes no se dignaban de vernos, nunca me faltó por el camino conversacion de mujeres y espadachines, porque todo hombre ó mujer que no fuese estudiante me decian una chanzoneta. Yo no la escupia, que las mujeres, si creemos á los maldicientes talmudistas, somos hijas de una flauta y tamboril, y así salimos estrechas de pescuezo y anchas de cuerpo, y hablamos tiple. Si entre chanzonetas y donaires venia de máscara alguna pulla, aunque fuese mayor de marca, la rebatía con la presteza posible, y procuraba hacer el retorno, con el mejor consonante que podia distilar mi alquitara. Esto de repens es como sale, aunque los buenos dichos de las mujeres, como son todo paja, son los que mas presto salen al pelo del agua. De todas y todos me desquité, solo de un picato medio estudiante, medio rufian, no me desquité; y no es mucho que una pelota se me fuese por alto; y acontecióme lo que cantó el poeta que dijo: Quedóse la respuesta en el tintero, que alguna vez se duerme el buen Homero. Así que este bribon, inserto en escolar, se llega á mí, y con la mayor socarronería del mundo me miró en redondo con una sorna, que entendí que me habia de meter los ojos en el pulgarejo ó comerme las tripas con los ojos. Ya que le iba á decir un poco de lo bien hilado, atajóme con quitarme el sombrero y hacerme una inclinacion capital y comenzar á alabar mi talle, postura y cuello. Ya ven que una mujer alabada no tiene espada, y si la tiene, no mata. ¿Qué habia yo de decir á un hombre que me estaba loando? ¿Y qué no habia de poder el decirme, usando de tan astuta invencion? Ya se sabe que el cazador de ordinario coge las palomas á su salvo cuando se están remirando en el espejo del agua su belleza y componiendo con el peine del pico sus doradas y plateadas plumas; así no es mucho que me burlase y me cogiese con tiro de palabras y pullas este cazahampo, estando yo como inocente paloma entretenida, remirándome en el espejo que me hacian sus alabanzas abogadoras de mis primores. Iba el hombre discurrendo en su laudatoria, y vino á alabarme los *agnus* y piezas que yo llevaba al cuello, y en esto gastó mucho almacen. Preguntóme: Y señora, ¿qué piezas son esas dos que lleva asidas al rosario? Respondí: Señor, son *agnus Dei*. El dijo entonces: Eso no son ellos, juro á tal. Pues ¿qué son? le repliqué yo.

El entonces comenzó á concertar su capa y poner el freno á punto de aires bola, para en acabando de decir su dicho, picar; lo cual hecho, me dijo: Hermanita, estos son los sellos de las bulas de coadjutoría, que lleva para el canonicato del señor don Fulano, canónigo de Leon, y señaló pieza no mala. Tan presto como lo dijo se traspuso, de modo que cuando me quise descargar á uso del duelo picaral, no tuve con quien hablar, sino con su sombra y las pisadas del cuartago; y aun este parece que iba ufano de la pulla que me echó su amo, segun iba coleando. Tal fué su presteza, que de corrida quedé hecha una mona. Nada hubo allí bueno para mí, sino un rosicler, que me dicen mis vecinas que me hacia no mala pantorrilla á la cara. Juréselas, y no me las fué á pagar al otro mundo. Acuérdate, y verlo has, que si él me glosó al *agnus* (iba á decir, que yo le glosé el *qui tollis*; pero no quiero, por el respeto de cosas santas, aunque es gracia sin perjuicio), confieso que quedé picadilla; mas estos enojillos son agua de fragua y ceniza, que hate cala para que corte la espada. Este escolar era sobrino de un hermano de un cura rico de aquella tierra, gran fullero. Iba á jugar á Leon, por fama que tenia de que á las fiestas concurría gente del oficio brujular (que estos huélense de cien leguas, como bizmados, y se conocen por brújula, que les sirve de judicaria en defecto de la cabeza toledana), y quiso su ventura que en aquel breve rato que me hizo la salutacion le eché de ver una señal, y aun señales, por donde no le podian desconocer, que estos bellacos son los Caines del mundo, que andan vagamundos, y traen señal para que todos les conozcan y nadie les mate; porque quiere Dios que no tengan tan honrados verdugos como manos de hombres, sino que sus pecados lo sean. Las señales que en el rostro tenia eran dos juanetes, que podian ser hijos del Preste Juan, que yo supongo que los hijos del Preste Juan se llaman Preste Juanetes. Tenia un ojo rezmellado, y el párpado vuelto afuera, que parecia saya de mezela regazada, con forro de bocacá colorado, y el ojo parecia de besugo cocido, y no poco gastado á puro brujulear.

APROVECHAMIENTO.

Traza del demonio es que las mujeres libres á primera vista encuentren ocasiones con las cuales se conserven y continúen sus libertades, porque toma él muy á su cargo fomentar la perdicion que una vez persuade.

3.—DE LA ENTRADA DE LEON.

Redondillas de pié quebrado.

Tiene Leon una entrada
Tan extendida y tan larga,
Que por desabrada amarga,
Y por importuna enfada;
Mas Justina,
Por vencer esta mohina,
Y por dar contento á todos,
Comenzó á decir apodos
De una entrada tan malina
Y tan lodosa.

Yo entré por mi Leon por la puente que llaman del Castro, que es una gentil antigualla de guijarro pelado, mal hecha, pero bien alabada, porque los leoneses la han bautizado por una de las cinco maravillas; casi yo tenia creido que era semejante á la Segoviana, que hizo Hércules, ó el diablo por él, segun dicen los niños, ó Trajano, el que hizo la de Alcántara, de quien dijo el otro al rey Filipo II que mirase su majestad muy bien el ojo de medio, ó como la que hizo de media legua de largo Heródes, el que reedificó el templo; pero con licencia de los señores leoneses, mas gesto tiene de caballete de tejado que de puente pasajera. Dolor de la puente de Villarete, que está junto á mi pueblo, que si no tuviera en medio un tirabraguero de madera, á causa de haberse quebrado por la parte mas necesaria y de mas corriente, pudiera hablar donde hubiera puentes, aunque fueran las de Navarra, de quien dice el refran de aquella tierra: Puentes y fuentes, Camarra y Campanas: Estella la bella, Pamplona la bona: Olite y Tafalla la flor de Navarra, y sobre todo, puentes y aguas. Junto á este puente por donde está el arrabal de Santa Ana, que sí, como iba á ver fiestas, fuera á buscar la muerte civil, yo escogiera el ir por allí á buscarla, como el otro que escogió morir sangrado de los tobillos. Necio, mejor fuera escoger que le llevaran á morir cien mil leguas de su lugar ó que le dejaran ir á morir á Leon y entrar por la puente del Castro y arrabal de Santa Ana, que con este medio tuviera esperanza de que en el interin pudiera apelar sesenta veces y tener despacho. Ya quiso Dios que aporté á la ermita de San Lázaro; quise entrar á hacer oracion, mas vi unos altarcitos, y en ellos unos santitos tan mal ataviados, que me quitaron la devocion, y yo habia menester poco. A la puerta de San Lázaro ó tanvier unas tabletas, no de botica, que á serlo fuera mas á cuento para remedio de mi cansancio, mas no se me hizo creible que la ermita de San Lázaro fuese como el templo de la diosa Ceres, que tenia siempre á la puerta pan caliente. Tambien se me ofreció si acaso tañian á entredicho ó tinieblas, que pardiez, segun yo sabia poco de iglesia, no me acordaba si caia el juéves Santo en agosto. Tambien me vino á la imaginacion si acaso se habian anticipado mis castañetas y hecho otra llevada, como en la entrada de Arenillas; mas nada de eso era, sino que aquella mujer pedia limosna con aquellas tabletas; y para pedir de léjos, de modo que cuando allí lleguen los caminantes traigan desatacada la bolsa y no se detengan en madurar la gana de dar, se hace aquello. Yo, como nueva, le pregunté á la tabletera: Hermana, ¿no fuera mejor pedir con la boca, y no que pareceis que espantais moscas? Dijo: No, señora hermosa, que esto se hace para que puedan pedir todos los pobres que aquí se curan, aunque sean gangosos y mudos. Yo enmudecí tambien, porque me tapó la razon; solo dí un rodeon hácia las compañeras, y les dije: Bueno por vida de Justina, muy probados son los de Leon; á fe mia que deben de ser pedidores de á legua y de ventaja, pues enseñan á pedir á los mudos. Amiguitas,

otro nudo á la bolsa, que piden mucho en Leon. De la diosa Angerona dicen los relatores de la giroblera que era madre del silencio y abogada de los mudos, y que tenia siempre puesto el dedo en la boca; pero los muy curiosos añaden una cosa, en que se parecen mucho á esta tabletera de San Lázaro; conviene á saber, en que estaba á la puerta de la iglesia, y en la mano derecha un plato ó cepo, en que se echaba la limosna para la diosa Volupia; ya sé que no es solo Leon quien tiene estas Angeronas, que todo el mundo es uno, sino que entonces era tan bozal, que no pensé que habia en todo el mundo mas que un San Lázaro y unas tabletas.

Fuí adelante, y por mis pasos contados me fui al rollo; vi que en frente de él estaban unas mezzitas pequeñas ó casas de calabacero, donde estaban asomadas unas mujercitas relamiditas, alegritas y raiditas como pichones en saetera. Parecian cotorreras de á seis en libra, y no lo eran mas que la Mendez; y por vida mia que para ser leoneses tan proveidos, no me pareció que las habian puesto en lugar decente y acomodado: lo uno, porque estando aquellas oficinas junto al rollo, ningun leonés honrado puede decir á su mujer vete al rollo, sin que en estas palabras vaya engerida, como piojo en costura, la licencia para que la tal mujer salga de sus cosillas, y entre en aquellas casillas, ó se ahorque en buen dia claro; porque mujer junto al rollo y conjurada con tal maldicion, ¿qué otra tela tiene que echar ni otro oficio que hacer sino es ahorcarse de una manera ó de otra, habiendo ocasion para todo? Y tanto mayor inconveniente es este cuanto mas usada es esta maldicion en aquella tierra. Bien sé que las leonesas nunca se aprovechan de esta maldita licencia y maldicion licenciada; mas si se aprovechan, excusa tienen diciendo: Marido, hice lo que me mandastes, como el otro hortelano motilon, á quien su provincial mandó que le trujese una lechuga de la huerta, y por saber dél que era espacioso, le dijo por gracia: Lo que habeis de hacer es no la traer en todo este año; fué el hortelano por la lechuga, y no tornó desde allí á un año, que vino con su lechuga al provincial, y le dijo: Vea aquí la lechuga, padre; no dirán que no hice lo que me mandó. Quiso el provincial castigarle por fugitivo, mas él se excusaba con decir: Padre, ¿vos no me mandastes que no viniese dentro de un año? Así las de Leon las envian sus maridos al rollo, y van, y se recogen mientras hace calma ó quiere llover; excusa tienen de un mal recaudo, diciendo: Marido, vengo de donde vos me enviastes.

Otro inconveniente hallo yo en estar aquellas publicanas en aquel puesto, que es muy húmedo y frio, lo cual sobre cálido pela á las gentes, y aun á las águilas, y aun hacen muy grande agravio á las bubas que allí nacieren, porque las bubas son nobles, y siempre vienen de caballeros y caballería, y las que de allí nacieren serán bastardas, en fin, nacidas de polvo de la tierra y aun del lodo. Dolor de los que allí trajinaren, que meterán carga de la tierra de España, y la sacarán de Francia. Ahora se me ofrece la causa por qué los leone-